

DESIGUALDADES SOCIO-CULTURALES Y DIFERENCIAS EN LA REPRESENTACIÓN SOCIAL

Christian Farías. *

RESUMEN

En este artículo se afirma que lo que sucede en Venezuela y América Latina es una muestra significativa de la crisis general de la civilización capitalista-imperialista. Vivimos un proceso de definiciones profundas que atiende básicamente a dos grandes alternativas. Por un lado, el sistema de vida de la globalización del capital como una nueva etapa del modelo civilizatorio dominante. Por otro lado, frente a esta perspectiva de continuidad del capitalismo imperialista, existe la posibilidad de construir un proyecto emancipatorio que funde otro modelo de civilización con base en la soberanía plena del sujeto colectivo e individual para la sustentación de nuevos modos de producción y de cultura comunitarios en el marco jurídico de repúblicas capaces de generar verdaderas ciudadanía e identidades legítimas no capitalistas, sin imperialismos ni opresión. La historia actual de la América Latina y particularmente la de nuestro país, nos revela que paralelamente a la cultura de la dominación, existen las culturas de los pobres y los excluidos. Y lo que caracteriza a todos estos grupos, sectores o clases sociales es la vida de resistencia a la que están condenados. Resistir para subsistir. Por esa razón, el liderazgo natural que emerge de su seno es diferente al modelo de liderazgo burgués.

Palabras clave: Crisis General, Modelo Civilizatorio, Proceso Emancipatorio, Resistencia Popular.

SOCIALCULTURAL INEQUALITIES AND DIFFERENCES IN SOCIAL REPRESENTATIONS

ABSTRACT

In this article, what is happening in Venezuela and Latin-America is being conceived as a significant sample of the general crisis that capitalist-imperialist civilizations are going through. We are living a process of deep definitions, which has been basically

* Licenciado en Educación mención Lengua y Literatura, Magíster en literatura Venezolana, cursante del Doctorado en Ciencias Sociales mención Estudios Culturales de la Universidad de Carabobo. Es autor del libro *La vanguardia literaria subversiva*, ha publicado poema y textos de ensayo en revistas especializadas, es miembro de la Red de Escritores del Estado Carabobo. Ha sido ponente en congresos, simposios y facilitador de talleres literarios.
Correo Electronico: cfariasa@hotmail.com

concentrated on two major alternatives. On the one hand, there exists the life system of the globalization of the capital as a new stage of the dominant civilization model. On the other hand, as a means to face such a perspective –that of perpetuating the imperialist capitalism –there is the possibility of building an emancipator project that founds another civilization model based on the total sovereignty of the collective and the individual subject. This new model is focused on the sustenance of innovative communitarian modes of production and forms of culture, within the legal frame of countries which are able to generate true citizenships and identities –non capitalist, without imperialism and oppression. The current History of Latin-America, and particularly that of our country, reveals to us that parallel to the culture of dominance, there is the culture of the poor and the excluded ones. What characterizes all of these groups, sectors or social classes, is the life of resistance they are condemned to. To resist in order to survive. For this reason, the natural leadership that emerges within these groups is different from the bourgeois leadership model.

Key words: General Crisis, Civilization Model, Emancipator Process, Popular Resistance.

Crisis de la civilización y nuevo protagonismo

La simple observación del lenguaje prevaleciente en el discurso político de nuestra sociedad actual nos muestra la presencia dominante de un nuevo corpus, cuya característica fundamental es la contrariedad o el antagonismo como expresión simbólica de la conflictividad social. Cultura de la dominación y cultura de la liberación, fuerzas sociales del cambio y fuerzas neoliberales del capitalismo dependiente, poder popular comunal alternativo y poder mediático burgués, liderazgo popular y agentes del imperialismo, poder constituyente y poder constituido, socialismo y capitalismo, Estado y sociedad, dominación y soberanía, reforma y revolución, pueblo y burocracia. Estos y otros muchos pares conforman el nuevo registro dicotómico predominante en el discurso público, cada vez más creciente y legitimado como la nueva red semiótica que marca la dinámica del debate de la calle y de los medios de información de la sociedad venezolana y latinoamericana actual. Particularmente en Venezuela, lo más interesante de este nuevo rostro del habla política, es que su epicentro se ubica en la figura del Presidente de la República. De manera que ese desarrollo semiótico está en correlación con la dinámica conflictiva que se retroalimenta en torno a la

figura presidencial, por virtud de las acciones endógenas que emanan de su praxis institucional y de las correspondientes respuestas exógenas emitidas por los adversarios.

Ubicado en el plano de los observadores de la realidad objetiva, o también como luchador social con independencia de criterio político, me permito afirmar que el Presidente de la República irradia e imanta aún de manera consistente a diversos actores políticos de la izquierda en general, a extensos sectores populares de los barrios pobres, del campo, de los estudiantes y de la clase media e, incluso, de la burguesía nacional, así como a diversos grupos y personalidades del ámbito artístico e intelectual, fuera y dentro de nuestro territorio nacional. Así mismo choca y repele a un conjunto considerable de actores políticos y sociales aglutinados en torno a los medios de información privados, FEDECAMARAS, los jerarcas de la iglesia católica y la dirigencia política nueva y vieja del partidismo tradicional, todos bajo los intereses y directrices del poder político de Estados Unidos.

De manera que el diálogo y la confrontación se alternan en la cultura política de nuestra sociedad, en el marco de una dinámica comunicacional cada vez más compleja y diversa. Los choques y tensiones de esta guerra mediática prolongada entre bajas y altas intensidades, ha puesto de relieve, entre otras muchas cosas, las dualidades y las limitaciones de la ética informativa de los medios privados y de su élite intelectual. Muchos mitos se han derrumbado en esta orgía incesante de la mentira, la manipulación, el engaño y el desprecio hacia la tolerancia y el respeto al otro. De igual manera, la autoridad moral de la vieja dirigencia política y empresarial, no ha podido remontar la cuesta del descrédito resultante de su praxis antinacional, antidemocrática y antipopular. Lo que hoy nos muestran los diferentes medios de información es la más espectacular y vergonzosa identificación de estos sectores con el proyecto económico, político, social y cultural de la globalización capitalista neoliberal subordinada al imperio norteamericano.

¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? y ¿Qué puede suceder? Son tres preguntas claves para la indagación y el análisis del actual proceso socio-político-cultural. Pero antes de adelantar respuestas, vale la pena revisar algunos planteamientos formulados hace años atrás por gente dedicada a este tema desde las trincheras mismas de la lucha revolucionaria. Tal es el

caso de Douglas Bravo y Argelia Melet (1985), quienes en su célebre libro *La otra crisis otra historia otro camino*, afirmaban lo siguiente:

Lo que interesa resaltar es que la ideología pragmática, cientificista e industrialista que cualitativamente impera en el globo, ha generado la miseria en el ambiente, la naturaleza y el individuo, y se requiere de soluciones alternativas, radicalmente opuestas a las que ha forjado la civilización que vivimos. Estamos, de hecho, abogando por el desarrollo de una humanística, una filosofía cuyas respuestas a la crisis partan de un nuevo modelo civilizatorio, lo que significa darle oportunidad a la esperanza. (p. 14)

Vemos aquí expresados los términos de la nueva contradicción fundamental en que había entrado la humanidad, más allá de las tensiones inter-imperialistas generadas por la guerra fría: el desastre y la miseria generada por la vieja civilización o la esperanza de la reconstrucción o reinención de la vida, en el contexto del surgimiento de un nuevo humanismo como expresiones de una nueva civilización. La importancia de este enfoque y de la diversidad de respuestas generadas, de la multiplicidad de las acciones sociales alternativas que se han venido produciendo a lo largo de estos años de intensa conflictividad, es el hecho insoslayable de que en su centro está presente el protagonismo histórico del sujeto social, político, cultural, cognitivo, de manera estelar y con amplias posibilidades de imponer su propia hegemonía en función de sus propios intereses y los de la liberación de la humanidad.

A partir de esta constatación, se puede decir, en primer término, que lo que sucede en Venezuela y América Latina es una muestra significativa de la crisis general de la civilización capitalista-imperialista. Vivimos un proceso de definiciones profundas que atiende básicamente a dos grandes alternativas. Por un lado, el sistema de vida de la globalización del capital como una nueva etapa del modelo civilizatorio dominante. En relación con esta alternativa, Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores (1999) en su extenso estudio *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, nos dicen que:

Al estar montada sobre la concentración de capitales y riqueza en unas cuantas manos y sobre la pobreza de las mayorías, sus engranajes son los del darwinismo social y de la exclusión. El

núcleo de su ideología publicitaria es el de un sistema que ofrece nuevas oportunidades, pero se va conociendo ya el desenlace real de tales promesas: la globalización ha avanzado sin mapa ni brújula, beneficiando efectivamente a algunos sectores, pero también produciendo perdedores sin futuro entre los países y dentro de ellos (p. 342).

Evidentemente este tipo de globalización refuerza los mecanismos tradicionales de acumulación de riquezas en manos de las burguesías de los países poderosos por la vía de la explotación del trabajo y la masificación del consumo en los países dominados. De esa manera, tienden a eternizarse los actuales imperios y todas las formas de opresión.

Por otro lado, frente a esta perspectiva de continuidad del capitalismo imperialista, existe la posibilidad de construir un proyecto emancipatorio que funde otro modelo de civilización con base en la soberanía plena del sujeto colectivo e individual para la sustentación de nuevos modos de producción y de cultura comunitarios en el marco jurídico de repúblicas capaces de generar verdaderas ciudadanías e identidades legítimas no capitalistas, sin imperialismos ni opresión. En relación con ello, hay diversos planteamientos y propuestas, las cuales tienden a coincidir en torno a conceptos y prácticas vinculadas con el comunitarismo, la equidad, la emancipación, la convivencialidad, la libertad, la solidaridad, el cooperativismo, los nuevos valores, las nuevas utopías sociales, la ancestralidad, las visiones cósmicas, la autogestión, las formas de producción y desarrollo endógenos, etc.

En segundo lugar, es indudable que el proceso de cambios políticos que vive Venezuela se inicia a partir de febrero de 1989, como resultado de la emergencia de ese poder popular significativo y protagónico en virtud de su naturaleza constituyente originaria. Hoy, vale decir que ese poder popular constituyente surgió de las entrañas de esa otra crisis de la que nos habla el libro de Douglas y Argelia Melet (1985) “Esa especie de malestar colectivo y silencioso, un tanto presentido por grandes núcleos de población y otro tanto percibido sólo por algunos sectores” (p.15) cuyo estallido, el 27 de febrero, provocó la absoluta deslegitimación de la democracia partidista, elitesta y pervertida. La altísima potencialidad revolucionaria de ese poder está hoy engolfada en una especie de red erótica política, extendida desde el liderazgo del presidente Hugo Chávez, que ha alcanzado proyecciones

continentales y universales de gran peso con un discurso apoyado en la tríada Pueblo-Dios-Bolívar y con una promesa de justicia en un contexto humanista de equidad, democracia y soberanía, cada vez más complicado.

Un tercer aspecto importante está referido al hecho de que viejos actores y gerentes del poder han sido desplazados por otros. Y sin embargo, las estructuras clasistas, burocráticas, verticales y excluyentes del Estado siguen intactas y sobre ellas están instalados los supuestos nuevos actores, más que facilitando; entabando los cambios por los cuales el sujeto social emergente sigue vinculado al líder. La burocracia del Estado posterga, entaba, sabotea, la promesa y genera frustración y desengaño.

Lo interesante y al mismo tiempo preocupante es que este nuevo protagonismo popular ocurre en el marco de una referencialidad teórica en crisis, descentrada y fragmentada, por un lado; pero al mismo tiempo rehaciéndose ella misma desde diversas miradas hacia nuestra propia historia y hacia la historia del pensamiento universal más avanzado. En ese sentido, en el terreno socio-político surgen los cruces, encuentros y desencuentros de nuevas y viejas ideas; rupturas, desplazamientos y búsquedas epistemológicas que oscilan entre las variables del pensamiento republicano y democrático, las utopías emancipatorias, el marxismo y el pensamiento bolivariano-rodrigueano-zamorano. De igual manera, en nuestro ámbito intelectual vienen ganando terreno las influencias del pensamiento complejo, la semiótica y la hermenéutica, junto a los enfoques interculturales y los “útiles” de las miradas posmodernas. Sin duda, estamos en presencia de una extraordinaria potenciación de nuestro logos colectivo que nos hace más diversos, más plurales, más vitales, más democráticos y, por tanto, más dialógicos y, necesariamente, más comprometidos a converger en modelos de integración y unidad en el marco de lo inter y transdisciplinario, lo intercultural, lo multiétnico en función de comprender y transformar nuestra propia realidad hacia formas superiores de vida colectiva sobre bases morales, éticas y estéticas bien claras y sólidas.

El sujeto de la modernidad y el sujeto de la lucha social

Dentro de tales consideraciones, cabe también ubicar la reflexión en torno a la idea del sujeto social, histórico, cultural, dueño de la acción y, por tanto, generador de episteme. Pienso que, al menos en nuestro contexto,

no luce pertinente insistir en la idea absoluta de la muerte del sujeto social. Me pregunto: ¿Acaso no es posible diferenciar la naturaleza constitutiva del sujeto trascendente de la modernidad de la del sujeto social comunitario de nuestra propia realidad? ¿Si hay o hubo un sujeto de la modernidad desplazado por los procesos simbólicos de la cultura, por el llamado giro lingüístico impuesto desde la lingüística estructural, el psicoanálisis y la hermenéutica, igualmente no ha existido siempre un sujeto otro, silencioso, anónimo, que discurre su existencia como el agua debajo de las hojas, y que irrumpe y se apropia del escenario social en legítima asunción de sus propios intereses? ¿Cómo “catalogar”, entonces, dentro de una relación de continuidad la insurgencia de los jóvenes patriotas caraqueños de 1811, los jóvenes franceses después del mayo París del 68, las barriadas de Venezuela de febrero de 1989, el movimiento zapatista de México, los indígenas de la Bolivia de hoy, los acontecimientos del 11 al 13 de abril de 2002 y otros tantos acontecimientos de igual carga reveladora? Son simples interrogantes para la reflexión. Veamos cómo ubica Rigoberto Lanz (2005) la concepción del Sujeto en el marco de la crisis de la modernidad:

Individuo portador de una pretensión de trascendencia. Agente social con <<consciencia>> de su lugar en la sociedad y de las potencialidades de su acción. Individuo colectivo constituido a partir de mecanismos de identidad gregaria (ideología, proyecto). La idea de sujeto remite a una constelación de categorías que se suponen recíprocamente: historia, razón, progreso, cambio, etc. La muerte del *sujeto* refiere al fin de la idea moderna del individuo trascendente, portador de un halo redentor inscrito en el devenir histórico. La clausura posmoderna de ese sujeto abre el espacio para otras formas de constitución de la vida colectiva. Es la *persona* la categoría sociológica con la que el pensamiento posmoderno intenta dar cuenta de la nueva socialidad (empática) de la lógica tribal (M. Maffesoli). (p. 27).

Con el primer subrayado quiero destacar la vigencia permanente del sujeto agente, del individuo que sobresale de entre la masa, el Elegido de la tribu. La historia nos muestra que el cacique, el jefe, el dirigente, el líder, el guía, el conductor, el caudillo o como se le quiera llamar es un Sujeto constante en toda tribu, comunidad, pueblo, país o continente, independientemente del tiempo y el espacio. El segundo subrayado destaca

las bases constitutivas de los sujetos colectivos o comunidades fundadas en acuerdos identitarios, que pueden ser unos más dinámicos y cambiantes; y otros más estacionarios y arraigados. Pero, en todos los casos, la existencia de identidad gregaria está presente.

El tercer subrayado ubica la muerte del sujeto en el terreno de la concepción forjada por la modernidad burguesa. La idea de la trascendencia o sentido elevado, ecuménico, de la acción o de la razón, tiene sus más remotos impulsos en los antiguos griegos (Cfr. Briceño Guerrero.1994). El sujeto trascendente da inicio al camino de la modernidad por intermedio de la literatura, el arte y el pensamiento científico, del período renacentista. Y ya en el XVIII, con el movimiento de La Ilustración y la revolución francesa, la modernidad alcanza su madurez y le impone a todos los dominios de la civilización occidental sus ideas, creencias, valores, conductas, gustos, vale decir, todo su modelaje epistémico. Para la Ilustración y la antropología clásica, la definición del hombre (el Sujeto) tiene carácter tipológico. Ambas “se empeñan en construir una imagen del hombre como un modelo, como un arquetipo, como una idea platónica o como una idea aristotélica en relación con los cuales los hombres reales...no son sino reflejos, deformaciones, aproximaciones” (Clifford Geertz. 2005:56)

De manera que la modernidad europea que se impuso en América y en casi todo el mundo donde hoy ejerce su hegemonía, está sostenida en una filosofía racional-humanista-materialista, en una religión monoteísta y hegemónica, en una base económica capitalista-desarrollista, en un proyecto político jerarquizado y representativo, en un Estado centralista-democrático-represivo, en una estética pendular de lo clásico y lo romántico y, sobre todo, en un modelo tecnológico anti-natura que se justifica a si mismo de manera arrogante y totalitaria.

El siglo XX es, sin duda, el escenario histórico de los grandes saltos, las grandes crisis, transformaciones, revueltas, rupturas, caídas y levantamientos, flujos y reflujos de la modernidad. Fue el siglo de las guerras mundiales y la destrucción nuclear, la rebelión de las masas, de las victorias y derrotas de los marxismos constituidos, del ascenso y descenso del psicoanálisis, del surgimiento del existencialismo, de la proliferación universal de las vanguardias literarias y de las artes plásticas, de la generalización de los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo, de la esperanza

y la frustración de la revolución cultural china, de los hippies, de la universalización de la figura del Ché Guevara, de las invasiones militares, la revolución tecnológica de las telecomunicaciones, la destrucción ecológica y la amenaza contra la continuidad de la vida en el planeta, el derroche energético, la manipulación genética, la alienación colectiva bajo el imperio de los mass media, el auge de las enfermedades, los suicidios, la violencia social, familiar, delictiva, etc., etc.

Tal constelación de acontecimientos y fenómenos de todo tipo, puso en evidencia lo que ya hoy se reconoce como la crisis de la civilización. Inmerso en ella, ese Sujeto supremo y trascendente se derrumba junto al fracaso de la modernidad que lo engendró. Paralelamente, en nuestros territorios, el sujeto pueblo, el sujeto de la lucha social, reaparece participativo y protagónico. Pero, además, debemos reconocer su carácter alternativo en tanto sujeto reencontrado con él mismo asumiendo frontalmente el rechazo a la desigualdad y la dominación imperial, la búsqueda y la reinención de las ideas, el rescate y la reafirmación de sus propias tradiciones, válidas y útiles para la vida nueva a partir de un profundo e intenso proceso de transformación social en marcha. En fin, se trata de reconocer esa emergencia de nuestro sujeto social histórico alternativo en la nueva conciencia, en el discurso y en la praxis colectiva que, de manera casi rutinaria en nuestro país y en nuestro continente, testimonian su existencia.

El cuarto subrayado en la cita de Lanz, pone de manifiesto una visión posmoderna favorable a la reafirmación del sujeto. En ese sentido, responde un poco las preguntas anteriores. De manera que desde el punto de vista de la lucha social revolucionaria, es la acción humana, la acción social, política y cultural, lo que tiene continuidad y trascendencia en todos los contextos. Por otro lado, los estudios sociales y antropológicos contemporáneos conciben al hombre (al sujeto), esencialmente, en sus vínculos, relaciones e imbricaciones con la sociedad y la cultura. Siguiendo a Clifford Geertz:

la cultura suministra el vínculo entre lo que los hombres son intrínsecamente capaces de llegar a ser y lo que realmente llegan a ser uno por uno. ...llegamos a ser individuos guiados por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente creados en virtud de los cuales formamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas (p. 57)

Sin embargo, hay una importante distinción entre las relaciones materiales de la vida social y lo simbólico-cultural en ella imbricado. En todo caso, lo interesante, entonces, es adentrarse en el análisis y comprensión de ese sujeto histórico-alternativo, real, concreto, político, en el contexto de sus realidades socio-culturales, su propia complejidad y sus rasgos identitarios dinámicos, plurales, sincréticos. Aquí se nos plantea un problema, de antemano nada fácil, que consiste en cómo lograr un procedimiento teórico-analítico que nos permita ubicarnos en esa realidad intercultural de nuestra época, tomando en cuenta las advertencias de García Canclini (2006) cuando dice que:

La cultura se presenta como procesos sociales, y parte de la dificultad de hablar de ella deriva de que se produce, circula y se consume en la historia social. No es algo que aparezca siempre de la misma manera. De ahí la importancia que han adquirido los estudios sobre recepción y apropiación de bienes y mensajes en las sociedades contemporáneas (p.34).

En el caso de nuestra sociedad, sabemos que el sincretismo étnico y religioso es la matriz cultural resultante de nuestro proceso de mestizaje. Pero, de igual manera, al intentar caracterizar los elementos vinculados con nuestra identidad es pertinente tomar en cuenta las interrogantes que se formula el sacerdote Alejandro Moreno (2001): “¿A cuál de los dos sectores, élites y pueblo, atribuirle la identidad venezolana? ¿Participan ambos de la misma identidad o pertenecen a identidades distintas?” (p. 242). Nuestra condición cultural e identitaria no ha sido ni es homogénea sino heterogénea en el marco de la división social y la dominación extranjera. Por tanto, y esto es lo que quiero destacar en estas reflexiones, los liderazgos de este momento histórico responden básicamente a dos visiones políticas y filosóficas, una que nos proyecta desde afuera para reforzar la sumisión, y otra que lo hace desde adentro para estimular la liberación.

Marco epistemológico de la confrontación del sujeto

El análisis de nuestras desigualdades y su relación con la representación social debe orientarse desde las mejores miradas de la tradición materialista dialéctica-histórica, enmarcada en la hermenéutica y la complejidad para entender lo social en su totalidad. Esto es, el conjunto de relaciones que se generan a partir no sólo de la estructura productiva de bienes y

servicios sino también de los sistemas de representación simbólica y los valores espirituales de la cultura. Esta visión, así de esquemática, simple y reductora, es, sin embargo, esencial. No se puede perder de vista que, en medio de la complejidad socio-cultural, alimentada cada vez más por las telecomunicaciones y la revolución tecnológica bajo la concepción de la aldea global, vivimos dentro de una realidad capitalista sustentada en la división social del trabajo, la explotación de los asalariados y la acumulación de plusvalía por parte de los dueños de los medios de producción.

Desde este punto de partida, resulta lógico entender y asumir lo político como el escenario inevitable de la contradicción, los desacuerdos y la confrontación de las fuerzas sociales organizadas por el control y la hegemonía del poder. Lo político es culturalmente un eje en torno al cual se vinculan, se involucran y se entretajan los procesos de enunciación y significación de los diferentes actores vinculados al poder. En ese sentido, la sustentación institucional, la legalidad y legitimidad del poder político, dependen de la naturaleza del diálogo de los actores, de las formas de la interacción, de la eficacia de las formas de la comunicación que se adopten, del sustrato ético y moral que los oriente y, en definitiva, de los grados de desarrollo de la conflictividad y en manos de quien se encuentra la hegemonía de las ideas, el ejercicio de la representación y la autoridad.

Liderazgos paralelos

De acuerdo con el pensamiento de la modernidad capitalista, el caudillo es una figura emblemática del atraso socio-cultural de los pueblos, una especie de rémora heredada del primitivismo político de las sociedades rurales, regidas más por la fuerza económica y militar que por las leyes y las llamadas normas de la civilización. En cambio, el concepto moderno de liderazgo, entendido a la luz del neoliberalismo globalizado, es una necesidad de las sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo. De hecho, las potencias imperialistas y las burguesías de los países dependientes, mantienen programas y centros de formación de líderes políticos, intelectuales, ideólogos, gerentes de la economía, oficiales de las fuerzas armadas y obispos de la Iglesia que, en su conjunto, constituyen el liderazgo del sistema económico, político y cultural dominante.

La función principal de este tipo de liderazgo es reforzar y garantizar la cohesión social bajo el predominio hegemónico del actual sistema del libre mercado, la democracia formal y los derechos humanos, en el contexto globalizado del consumismo, el predominio de tecnologías contaminantes, y la vigencia de los privilegios de clase o castas. La reciente cumbre iberoamericana de Chile tuvo como consigna central la cohesión social. El debate en dicha cumbre, generó y puso de relieve la inevitable confrontación entre las dos tradiciones, la indoafrolatinoamericana y la europea occidentalista monárquica y excluyente. Esta última niega el diálogo y pretende eternizar su hegemonía sobre la segunda. Hoy, son más evidentes que nunca las profundas diferencias culturales y de liderazgo entre lo pueblos de Latinoamérica y el Caribe, por un lado, y las élites políticas, conservadoras, anacrónicas y opresoras del otro lado del Atlántico.

La historia actual de la América Latina y particularmente la de nuestro país, nos revela que paralelamente a la cultura de la dominación, existen las culturas de los pobres y los excluidos: los asalariados del capital, las barriadas de las ciudades, los campesinos sin tierra, los indígenas, los jóvenes sin cupos, las mujeres sin protección, los niños de la calle, los trabajadores informales, los desempleados, los cristianos de base, los llamados malandros y prostitutas, etc. Y lo que caracteriza a todos estos grupos, sectores o clases sociales es la vida de resistencia a la que están condenados. Resistir para subsistir. Por esa razón, el liderazgo natural que emerge de su seno es diferente al modelo de liderazgo burgués.

En este nuevo liderazgo popular encontramos algunas características interesantes como estas: un sentido justiciero inspirado en el Cristo redentor; un compromiso para la libertad y la reivindicación de la soberanía, sembrados por El Padre de la patria; un deseo apasionado de equidad y una práctica social igualitaria, retomada de los ancestros indígenas; una reivindicación históricamente legítima del programa de La Guerra Federal para regresarle la tierra a los campesinos; un entusiasmo por la participación, el canto popular al estilo de Alí Primera, la fiesta, el baile, el ritmo y la danza de la calle al golpe del tambor, las consignas y los gritos de redención; y un afán universal por enderezar entuertos a la manera del Quijote.

En el lado opuesto encontramos que el líder es concebido como un gerente que administra bienes materiales, económicos, espirituales, culturales,

políticos desde una posición que él ocupa dentro del poder constituido; y no un luchador social, un agitador de la conciencia revolucionaria de las comunidades, un sujeto político que permanece unido social, afectiva, espiritual y filosóficamente a los intereses económicos, sociales, culturales de su colectivo. Frente a este tipo de liderazgo, los agentes culturales o políticos del código dominante inmediatamente lanzan sus juicios y lo catalogan de negativo, vulgar, atrasado, autoritario, caudillista, demagogo, farsante y otros tantos adjetivos como sean necesarios para estigmatizarlo dentro del mal y condenarlo al aislamiento y el rechazo al no poder silenciar sus voces.

Lo interesante de este paralelismo en relación a los tipos de liderazgo y la identidad entre la cultura de la globalización neoliberal y la cultura de los pobres y los excluidos, es la reafirmación del sujeto histórico-social-alternativo que no es en modo alguno individualizado, abstracto y sin contexto; sino todo lo contrario, es dialéctico, político y socio-cultural porque emerge del pueblo, es cultura subversiva, es el humano ser confrontado con su tiempo y con el porvenir.

REFERENCIAS

- Bravo, D. y Melet, A. (1985). *La otra crisis: otra historia, otro Camino*. Caracas: Original Editores, C.A.
- Briceño Guerrero, J. M. (1994). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas: Monte Ávila.
- Flores, V. y Mariña, A. (1999). *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (2006). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Madrid: Gedisa.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Madrid: Gedisa.
- Lanz, R. (2005). *Las palabras no son neutras. Glosario semiótico sobre la posmodernidad*. Caracas: FACES-UCV y Monte Ávila.
- Moreno Olmedo, A. (2001). El pueblo venezolano: acontecimiento y sentido. En Carmen Alemán y Fernando Fernández (Comps.), *Los rostros de la identidad*. Caracas: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.